

MARCEL PROUST
CARTAS ESCOGIDAS
(1888-1922)

EDICIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS
DE ESTELA OCAMPO

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2022



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

- © de la edición, prólogo y notas, 2022 by Estela Ocampo
Este libro ha sido negociado a través de Casanovas
y Lynch Literary Agency, S. L.
© de la traducción, 2022 by José Ramón Monreal Salvador
© de esta edición, 2022 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, cuestionario completado por Marcel Proust (1890)

ISBN: 978-84-19036-10-0

DEPÓSITO LEGAL: B. 18 507-2022

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2022*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prólogo. Oír la voz de Proust</i>	7
PRIMERA PARTE.	
EL MUNDO SENTIMENTAL DE PROUST	25
I. Su familia. Su madre	27
II. El amor	45
III. La amistad	100
SEGUNDA PARTE.	
PROUST DE PUERTAS ADENTRO	149
TERCERA PARTE. PROUST EN EL MUNDO: HISTORIA Y SOCIOLOGÍA	
	217
CUARTA PARTE. PROUST SOBRE EL ARTE	
I. La literatura	255
II. La pintura	315
III. La música	327
QUINTA PARTE. PROUST SOBRE SU OBRA	345
<i>Índice onomástico</i>	463

[-] Este símbolo indica un pasaje incompleto en el original.

PRÓLOGO
OÍR LA VOZ DE PROUST

Proust no escribió diarios, ni dietarios ni memorias. Sin embargo, era un escritor sumamente reflexivo que poseía un pensamiento propio acerca del arte y la cultura, de la sociedad y la historia, de la psicología humana y los sentimientos. La mayoría de sus ideas se encuentran transmutadas en su literatura, en las acciones o los pensamientos de sus personajes, pero existe también otro camino real para llegar a la médula de su pensamiento: su correspondencia. Es una obra monumental, de más de seis mil cartas, dirigidas a todo tipo de correspondientes: familiares, amantes y amigos, otros escritores, editores y críticos, personajes de la sociedad de su momento. Las cartas permiten reconstruir una autobiografía espiritual que en otros escritores está plasmada en unas memorias.

Su correspondencia nos deja oír la voz de Proust como si nos estuviera hablando a nosotros, lectores impropios, porque no se trata de cartas «literarias», a la manera de las de Voltaire o Flaubert, escritas para ser leídas como parte de su obra, si no de un diálogo espontáneo con su correspondiente. Proust habla con la misma naturalidad que si se tratara de un encuentro personal guiado por intereses concretos o espirituales del momento. El principal atractivo de la correspondencia es escuchar su voz como si estuviéramos manteniendo un diálogo con un ser de una extrema inteligencia, que habla sobre muchas cosas distintas sin ningún plan pre-fijado, ya que las cartas se escriben al hilo de las circunstancias, o de las preocupaciones o pensamientos del día a día y las de sus correspondientes.

Uno de los aspectos más atractivos y remarcables de la correspondencia de Proust es que todas las cartas son «perso-

PRÓLOGO

nales», no hay cartas puramente formales o vacías y desde luego no son intercambiables. Puesto que Proust siempre tiene presente con quién habla, puede tratar un mismo hecho de diferente manera según sea el interlocutor. Sin embargo, pese a ser cartas personales, muy rara vez son confidenciales y cuando aparece la confidencia Proust suele pedir al destinatario que devuelva o quemee la carta. Cómo él mismo dice: «Espero que me agradezcas el pudor. La impudicia me parece horrible, peor incluso que la depravación».¹

Cada carta tiene no solamente un tema de interés que comparte con el destinatario, sino también un estilo tan acorde que es posible adivinar el destinatario por el estilo. En este sentido debemos citar en primer lugar las cartas a Reynaldo Hahn, amante primero y luego amigo durante toda su vida, que están codificadas, escritas en un lenguaje inventado o de palabras deformadas, y crean un mundo compartido, de claves y sobreentendidos. Pero hay otros destinatarios a quienes Proust escribe cartas con un código estilístico y temático específico, como es el caso del conde Robert de Montesquiou.

Cartas que Proust escribía en su dormitorio, medio acostado, apoyando el papel sobre sus piernas, o en el aire,² muchas veces antes de dormirse, en un papel especial, aunque a veces utilizaba lo que tenía a mano, como el papel que usaba para las inhalaciones contra el asma. A pesar de las quejas acerca del volumen de correspondencia que recibía, pues le quitaba tiempo para dedicarse a su obra, contestaba la mayoría de las cartas. Céleste Albaret, su ama de llaves a partir de 1914, explicó el rito diario: en cuanto sonaba la campanilla, ella debía llevarle el correo junto con el café, la leche y el croissant; Proust comía primero, y luego miraba los sobres para adivinar el remitente. Y aunque solía quejarse de que el

¹ Carta a Daniel Halèvy de otoño de 1888.

² Carta a Louis de Robert del 11 de enero de 1913.

quehacer le quitaba mucho tiempo, una vez que comenzaba a responder no podía parar de escribir.

Proust controlaba muy estrictamente con quien entraba en contacto y a quien veía. Hay tantas cartas auspicando un encuentro como obstaculizándolo o justificándose y poniendo excusas para mantener distancia. Siempre tuvo algún sirviente en la casa que impedía el paso a las visitas a las que Proust no quería o no podía ver, pero se le entregaba absolutamente todo lo que le llegaba por escrito. De hecho, lo único que tenía entrada irrestricta era su correspondencia, que controlaba él mismo y era su lazo con el exterior: podía darse el caso de que perdiera alguna carta propia o ajena en la confusión que reinaba en su cama-escritorio, pero sin duda la había recibido.

En el mundo sentimental de Proust existe una verdadera relación necesaria de acercamiento y alejamiento en sus relaciones personales y sociales, y las cartas son el medio a través del cual esta dialéctica se pone en práctica. Las usa para transmitir sentimientos y pensamientos, así como para mantener alejado a alguien a quien no quiere ver. En este punto es paradigmático el caso del conde de Montesquiou, a quien Proust evita en los últimos años de su vida, si bien trata de lograrlo sin que ello sea una ofensa a través de cartas en las que expresa su imposibilidad de salir de casa, aduciendo que la enfermedad le impide cumplir el deseo de verlo. Son una defensa de su aislamiento.

Esta recurrencia a la enfermedad como forma de distanciamiento, muy presente en la correspondencia, es uno de los muchos matices que tiene este aspecto de la vida de Proust. La enfermedad es polisémica, pero una de sus mayores utilidades es la de mantener su soledad y su privacidad. Montesquiou se lo reprocha en más de una ocasión, a lo que Proust contesta con... una nueva carta.

Esta ambivalencia ha hecho preguntarse a los lectores de la correspondencia proustiana cuál es el grado de veracidad

PRÓLOGO

de sus cartas. Seguramente, como en la vida de todos los humanos, es una veracidad variable: a veces, con algunas personas, se muestra completamente sincero en sus pensamientos y acciones, pero en otras responde a su interlocutor aquello que quiere oír. André Gide escribió en su *Journal*, el 29 de julio de 1931, que los elogios de Proust a la poetisa Anna de Noailles, más que contribuir a la gloria de la poetisa, hacían dudar del juicio literario del escritor o de su sinceridad. No obstante, pese a que Gide no duda de que se trataba de pura adulación, concede que, más que la hipocresía, a Proust lo movía el deseo de agradar diciendo a su correspondiente lo que esperaba oír de él.

Pero fundamentalmente se impone al lector de la correspondencia tener en cuenta que Proust es un escritor *siempre*, también cuando escribe sus cartas. De ahí el interés que suscitan.

En la voluminosa correspondencia de Proust hay cartas de muchos tipos, pero puesto que, como ya se ha dicho, todas pertenecen a un ámbito muy personal, el lector podría esperar que existieran numerosas huellas de su vida amorosa. Sin embargo, una de las peculiaridades de su correspondencia, y en claro contraste con otras correspondencias de escritores, Proust era extremadamente cuidadoso con los testimonios de su vida más personal: no hay cartas íntimas o eróticas. Por ello es difícil saber con certeza a través de su correspondencia cuáles eran los caminos por los que transitaba su deseo.

Se podría argumentar que lo que justifica esta laguna es el terror que siempre sintió a que se hiciera pública su homosexualidad—y se tuvieran pruebas escritas de la misma—, como le dice a Bibesco en una carta en la que le comenta su amor platónico por Bertrand de Fénelon,¹ y a que ello perjudicara la reputación de su familia. Proust tiene muy presente el caso de Oscar Wilde, cuya asunción pública de la homosexualidad le acarreó la ruina profesional y personal. La hi-

¹ Carta a Antoine Bibesco del 9 o 10 de septiembre de 1902.

pócrita sociedad de su época tolera sin problemas la práctica de la homosexualidad siempre y cuando no sea explícita. Sin embargo, aunque probablemente el temor a que quedara testimonio escrito de su homosexualidad fuera la razón principal para destruir toda prueba, conviene insistir en que Proust decía que lo que más odiaba era la impudicia.

Esto no le impide hablar de amor, de sus sentimientos con total sinceridad, a través de un caleidoscopio de opiniones presente en sus cartas. Pero muchas veces es difícil saber, a partir de la correspondencia, si alguien ha sido amigo, amante o ambas cosas. Es cierto, también, como se desprende de la misma, que poca diferencia traza Proust entre el amor y la amistad. Probablemente también fuera medido en su correspondencia sobre estos asuntos. Hay muy pocas cartas que no sean ambiguas, y en las dirigidas a quienes se sabe que fueron sus amantes no hay expresión de una intimidad amorosa y menos aún erótica. A veces, como en el caso de Lucien Daudet, tan sólo el apelativo con el que se dirige a él nos da la pista de la índole de su relación.

Pero además Proust se encargó de que algunas cartas no sobrevivieran al momento fugaz de su lectura por parte del destinatario, pues las enviaba con algún doméstico y requería que una vez leídas se las enviaran de vuelta. Podemos suponer que tratarían de temas comprometedores, tal vez una buena parte eróticos, pero se han perdido. Con Alfred Agostinelli, uno de sus últimos amores, cuya relación fue en gran parte modelo de la relación que une a Albertine con el Narrador en *En busca del tiempo perdido*, fue tan estricto en este sentido que no se ha encontrado nada de su correspondencia, a excepción de la carta de 1914 en la que le explica las precauciones que debe tener (y que no ha tomado).¹ Asimismo, en muchas cartas, entre ellas algunas a Reynaldo Hahn, puede leerse: «*Brûlez!*» («¡Quémela!»).

¹ Carta a Alfred Agostinelli del 30 de mayo de 1914.

PRÓLOGO

Sólo gracias a algún giro del azar se ha conservado una parte de estas cartas y podemos leerlas hoy, de modo que constituyen un testimonio de los procedimientos mediante los cuales Proust creyó que podría controlar el espacio único, privado, entre el correspondiente y él mismo, y evitar en su presente y en el futuro una mirada lectora intrusa. No ha sido del todo así. Han sobrevivido algunas cartas donde leemos la indicación «¡Quémela!» probablemente porque el destinatario prefirió devolverla pero Proust descuidó destruirla, o bien porque no le prestó importancia y permaneció en manos de su destinatario.

Sea por las razones que fuere, no existe en la abundante correspondencia de Proust ninguna carta que revele claramente su vida erótica. Un mundo de ambigüedad, de frases que, más que decir, dejan intuir un territorio que ha quedado decididamente fuera de una mirada lectora.

Pero no solamente su vida erótica quiere preservar Proust en el ámbito del estricto intercambio entre correspondiente y escritor. En una larga carta a Georges de Lauris¹ sobre un tema político importante como era la relación entre la Iglesia y el Estado en Francia, a raíz de la prohibición de impartir clases a las congregaciones católicas dice: «Rompa, pues, enseguida esta carta, ya que mucho me ruborizaría que alguien más pudiera leerla».

A pesar de ser un lector voraz, precoz y apasionado, Proust nunca formó una biblioteca. Utilizaba la de su padre, pero no constituyó un corpus con sus libros predilectos o necesarios. Es siempre una gran ayuda para conocer los gustos literarios de un escritor, o las influencias sobre su obra, conocer su biblioteca. En el caso de Proust este lugar lo ocupa su correspondencia. A través de ella podemos saber qué libros estaba leyendo, había leído o le interesaban especialmente, y el motivo de su interés.

¹ Carta a Georges de Lauris del 29 de julio de 1903.

Algunos de sus comentarios son sorprendentes, como su adhesión a la literatura norteamericana que conoce muy bien y que considera la mayor influencia en su obra, como le comenta a Robert de Billy: «No hay literatura que tenga sobre mí un poder comparable a la literatura inglesa y norteamericana», y agrega que «Alemania, Italia y muy a menudo Francia me dejan indiferente».¹

Proust es un gran conocedor de sus contemporáneos escritores, incluso de aquellos que luego no han tenido ninguna trascendencia para la historia de la literatura. Lee los libros que se le hacen llegar y generalmente contesta con una carta de crítica y comentario. A través de su correspondencia sabemos que está al tanto del arte, de la filosofía, de la historia, de la política.

La imagen de Proust aislado en una torre de marfil (o deberíamos decir de corcho, como en su última época en la que su dormitorio había sido forrado literalmente de corcho para evitar el ruido exterior), desconociendo todo lo que pasa a su alrededor, tiene poco que ver con la realidad que traslucen sus cartas. Desde joven está decidido a ser escritor. Sus cartas a escritores, críticos, directores de periódicos y revistas, muestran su deseo de obtener méritos y apoyos para llegar a la Academia, el pasaporte de aceptación de quien quería ser escritor en su época. Conoce a todos los personajes de su entorno que tienen éxito y están de moda. Sabe perfectamente quienes se desenvuelven en el ámbito literario de su momento, son influyentes, y algunos de estos personajes del ámbito artístico y cultural son amigos suyos.

Estas cartas, muchas de ellas destinadas a escritores a los que la historia de la literatura ha relegado, no son las que más nos interesan, exceptuando las dirigidas a alguno de estos escritores que trascendieron luego, o eran ya entonces grandes talentos de la literatura. Quedan más para una historia

¹ Carta a Robert de Billy de marzo de 1910.

PRÓLOGO

de la literatura francesa que para una lectura del pensamiento proustiano o de los temas universales que pueden interesar a un lector actual.

Pero la mayoría de las veces Proust despista al lector de su correspondencia. El destinatario de una carta o la temática de la misma no prefigura el interés o la profundidad de su contenido. Una invitación mundana o una especulación en bolsa puede contener tantas reflexiones importantes como una carta a su editor, a sus críticos, o a alguno de sus confidentes, lo que obliga a leer la correspondencia completa para poder ofrecer una selección que constituya una buena muestra. Tampoco es un indicio *a priori* de falta de interés de la carta el que su destinatario no sea un intelectual: hay comentarios sustancialmente reveladores de su pensamiento en cartas a amigos o a personajes de su entorno alejados del mundo cultural.

A pesar de existir una gran cantidad de cartas conservadas, no están representados en ellas todos los momentos de la vida de Proust, ni todos los personajes importantes en su vida, ni todas las facetas de su intimidad. Como ya hemos comentado no hay correspondencia erótica ni nos es posible, salvo en algunas excepciones, aseverar basándonos en la correspondencia quién fue amante de Proust. Tampoco conocer su actividad sexual esporádica, sus gustos sexuales o su deseo. No podemos saber cuándo se trata de un amor platónico, puramente imaginario, o se ha llevado a alguna concreción. Distinción que, por cierto, no le parecía de ninguna importancia a Proust. En carta a la señora Straus dice: «*Hay que conceder mucho al amor platónico. Una persona no del todo sentimental extrañamente se vuelve tal si se ve obligada al amor platónico*».¹ Lo que importaba siempre era el sentimiento, y de ello sí tenemos extraordinarias muestras en la correspondencia.

¹ Carta a la señora Straus de los primeros meses de 1893(?).

Su familia es un elemento fundamental en su vida. Y su madre es el centro. De ello da sobrada prueba la correspondencia, pero a tenor de la cantidad de cartas que Proust dice haberle escrito se han conservado muchas menos de las enviadas. Los padres de su madre, los abuelos Weil, también tienen una gran importancia en su vida porque la tienen en la vida de su madre. Sin embargo, la correspondencia con ellos de la que disponemos es muy escasa, igual que con su hermano y su padre. Se sabe muy poco de la infancia y la adolescencia de Proust, y de ese período no hay cartas. Podríamos sentir la tentación de hacer de este hecho un motivo de análisis, pero no olvidemos que el azar es siempre un gran protagonista. La estrella indudable de la constelación familiar de Proust es su madre, pero el hecho de encontrar pocas cartas con el resto de su familia no debe inducirnos a sacar conclusiones apresuradas.

La correspondencia es extremadamente iluminadora para conocer los últimos años de la vida literaria de Proust, la relación con sus editores y sus propios juicios acerca de su obra. Después de 1916 la correspondencia con Gaston Gallimard y con los miembros de la *Nouvelle Revue Française* nos proporciona un material imprescindible para conocer sus ideas. En cambio, hay una gran laguna respecto de los años de gestación y escritura de *En busca del tiempo perdido*. Su concepción y elaboración se realiza entre 1908 y 1911, y durante este período no comunica a sus correspondientes lo que ocupa su tiempo ni su pensamiento. Entre 1912 y 1913, cuando se está dactilografiando el primer tomo (*Du côté de chez Swann*), así como después de su publicación, aparecen cartas en las que pide consejos a sus allegados y explica sus intenciones al escribir esta obra.

El hecho de que la correspondencia de Proust tenga un tono tan personal, y esté alejada de una intencionalidad literaria o de cualquier impostura con vistas a la posteridad de su obra, no significa que la correspondencia carezca de va-

PRÓLOGO

lor literario, aunque esta cuestión haya sido—y siga siendo— motivo de controversia entre algunos de los especialistas en su obra. Las metáforas que caracterizan la escritura proustiana, la profundidad de pensamiento, el escritor reflexivo, el observador agudo, se encuentran tanto en su literatura como en sus cartas. No se puede olvidar que la correspondencia de Proust es la de un escritor, por lo tanto una sedimentación de su pensamiento. Aún cuando estuviera escribiendo una nota a su madre al volver del teatro está pendiente de la pertinencia de un adjetivo. O, en muchas cartas, pide disculpas a su interlocutor por estar demasiado cansado para escribir con la fluidez de estilo de que se sabe capaz.

Aparece un escritor en diálogo consigo mismo, buscando su propia estética a través de la obra de otro escritor o comunicándola a quien supone que puede ser un buen consejero y lector. En sus cartas hay constantemente pasajes de crítica artística o literaria entremezclada con otros asuntos. La voz del Narrador de *En busca del tiempo perdido* es la misma que la de las cartas, una voz que se hace comprender, que quiere transmitir una idea o un sentimiento, e incidentes que aparecen en su correspondencia encuentran su primera formulación y luego se vuelcan a la novela. En la correspondencia y en *En busca del tiempo perdido* se encuentran exactamente las mismas ideas acerca del mundo, del arte y de la literatura.

La diferencia estilística, sin duda, es que las cartas están escritas a vuelapluma (y en ello reside también mucho de su encanto) y, a pesar de alguna tachadura, no están corregidas una y otra vez como su obra literaria. En ocasiones se aprecia incluso alguna falta ortográfica o sintáctica producto de la rapidez de la escritura. Y surgen de su propia mano. Salvo al final de su vida, cuando el cansancio le causa estragos, no dicta sus cartas, sino que todas poseen esa grafía que los lectores amantes de Proust reconocen inmediatamente, y que Montesquiou, como comenta el propio Proust, consideraba «endemoniada».

Por todo ello, su correspondencia es un corpus de tanta importancia como la obra de ficción, aunque esto no le haya sido siempre reconocido. Philip Kolb, el gran estudioso de su obra y editor de su correspondencia completa, pensaba que las cartas publicadas en 21 volúmenes eran solamente una parte de las escritas, habiéndose perdido o destruido una gran cantidad. Kolb recoge cartas escritas entre 1879 y 1922, el año de su muerte, cuarenta años de escritura. Los comentaristas de la obra de Proust coinciden en que la correspondencia y su obra literaria son indisociables. Algunos amigos de Proust, como Lucien Daudet, una de las tres personas que Proust cita como lectores del manuscrito de *En busca del tiempo perdido*, ya lo habían dicho. Para Daudet hay una profunda unidad entre ambos *corpus* y es la misma voz la que está detrás de las dos escrituras. En *Autour de soixante lettres de Marcel Proust* tanto comenta las cartas como hace reflexiones sobre los personajes de *En busca del tiempo perdido*. Esta interrelación incluso ha llevado a algunos excesos interpretativos, como leer la obra literaria de Proust en clave personal basándose en las cartas escritas por él, a pesar de que en esta misma correspondencia, en cartas a diferentes correspondientes, se empeña en hacer entender que una cosa es Proust, la persona que escribe, y otra distinta el personaje del Narrador en su novela.

Proust no quería que sus cartas se publicaran, ni siquiera que se conservaran. En una carta a la duquesa de Clermont-Tonnerre de los primeros días de enero de 1921, es decir, el año anterior a su muerte y por ello tiene algo de deseo testamentario, Proust dice: «Al enviarle esta carta permítame que le exprese el deseo de que usted la destruya [...] porque no deseo que se conserve, y *a fortiori* sea publicada ninguna correspondencia mía». Su deseo parece muy claro y taxativamente expresado. Céleste Albaret lo corrobora cuando dice en su libro, *Monsieur Proust*, que en los últimos tiempos Proust estaba preocupado porque sus cartas fueran publica-

PRÓLOGO

das y pensaba que había escrito demasiadas. Un año antes, en 1920, le preguntaba a la señora Straus si su marido, abogado, podría asesorarlo sobre la manera de impedir que sus cartas fueran publicadas. Todo ello es muy coherente con lo anteriormente comentado: se trata de un material muy íntimo, muy personal, de un espacio delimitado entre el correspondiente y él mismo, que rechaza la mirada «impropia».

De todas maneras, las cartas «comprometedoras» han desaparecido, seguramente por su insistencia: las cartas más íntimas a Reynaldo Hahn, de las que no se conservan los años de su relación amorosa, a Lucien Daudet, censuradas por el mismo Daudet, a Alfred Agostinelli, destruidas por su familia luego de su muerte, a Bertrand de Fénelon.

Es probable que Proust no supiera que legalmente los correspondientes tienen la propiedad material de la carta, pero que él conservaba la propiedad intelectual, es decir, que podía impedir su publicación. Sea como fuere, Proust no hizo nada por llevar a cabo su deseo de que no se publicara su correspondencia. No hay instrucciones a su hermano (que será precisamente el primero en establecer un *corpus* de cartas de Proust), ni a Céleste Albaret ni a sus amigos, en el sentido de destruir las cartas o impedir que se publiquen por medios legales. En la carta a Clermont-Tonnerre, Proust explica que en *Swann*, como le gustaba referirse familiarmente a *En busca del tiempo perdido*, habría una indicación al respecto. Sin embargo, esta indicación no aparece en ninguna de las obras publicadas a partir de 1920: *Le Côté de Guermantes I*, en 1920, *Le Côté de Guermantes II- Sodome et Gomorrhe I* en 1921, *Sodome et Gomorrhe II* en 1922, ni tampoco en *La Prisonnière*, cuya publicación acuerda cuatro días antes de su muerte.

También es posible que Proust pensara que impedir que aparecieran a la luz pública tal cantidad de cartas era tarea imposible, que dejarlo establecido testamentariamente no tendría ningún efecto o incluso que sus editores le hubie-

ran comentado que no era usual dejar establecido este tipo de consideraciones en las obras literarias. Sea como fuere, Proust no dejó a nadie a cargo de la edición de sus inéditos, incluida la correspondencia, ni tampoco establecida una prohibición testamentaria, ni de cualquier otro tipo, de publicación. Afortunadamente para todos nosotros, que gracias a ello podemos oír su voz casi con la misma frescura, sorpresa y encantamiento que sus verdaderos destinatarios.

ALGUNOS COMENTARIOS A ESTA EDICIÓN

La primera edición completa de las cartas de Proust fue publicada por Philip Kolb como *Correspondance de Proust* en veintiún volúmenes, en la editorial Plon, a lo que se ha sumado con posterioridad la publicación de una selección de 627 cartas de esa misma correspondencia, más algunas inéditas, titulada *Lettres* (Plon, 2004), con revisión realizada por Françoise Leriche.

Nuestra edición, la primera que se realiza en castellano basada en la correspondencia general, es una selección de cartas procedentes de estas dos fuentes. Nuestro interés es, fundamentalmente, que el lector conozca el pensamiento de Proust, tan rico, profundo, diverso, así como los principales asuntos que condicionaron y marcaron su vida, a través de su propia voz. La correspondencia es una forma privilegiada para llegar a Proust y la lectura de sus cartas es un placer de índole similar al que procura la lectura de su obra literaria.

Toda selección de cartas, sobre todo buceando en un verdadero mar de escritura, es parcial, y ésta no es una excepción. Hemos escogido las cartas que constituyen esta edición de acuerdo con los siguientes criterios.

El primero de ellos ha sido seleccionar cartas esenciales, tanto en lo que se refiere a sus ideas, su pensamiento sobre el

mundo, los sentimientos y las cosas, como en las claves para entender la realización de su obra y el significado que el propio Proust le asignaba. Es decir, un destilado de su pensamiento.

Ello nos ha obligado a incluir solamente una pequeña muestra de la correspondencia que podríamos adscribir a la faceta mundana de Proust, aquella que le ha valido muchas veces—en su propia época y con posterioridad—el apelativo de *snob*. Son cartas que parecen de compromiso dirigidas a algún escritor hoy desconocido que le ha enviado su libro, respuesta a algún evento mundano al que ha asistido, comentarios sobre el medio social que frecuentó en una época de su vida. No obstante, hemos incluido alguna carta de esta clase, sobre todo cuando poseía además alguna reflexión valiosa, para mantener una visión de Proust que se acerque lo más posible al ser que fue.

También nos ha guiado, de manera muy preponderante, el valor literario de las cartas. Hemos intentado seleccionar aquellas en las cuales resplandece la prosa proustiana, la riqueza de sus metáforas, los hallazgos sorprendentes.

Hemos pensado que la manera más adecuada de proporcionarle al lector de la correspondencia proustiana su pensamiento y sus valores literarios, era una aproximación temática. Creemos que, dado que publicar su correspondencia completa excede por el momento las posibilidades editoriales en español, y que la selección habría de ser necesariamente parcial, la agrupación por temas podría servir de guía para el lector.

Somos conscientes, no obstante, de que en más de una ocasión Proust, además de exponer el tema por el cual su carta ha sido incluida en un determinado apartado, habla de algún otro asunto. Si algo caracteriza la correspondencia proustiana es su riqueza en el volcar su pensamiento y sus avatares vitales en una carta. La clasificación temática ha sido pensada para subrayar la cuestión que se considera más

importante, a veces única, pero el lector, además de poder leer de primera mano lo que opina sobre un asunto concreto, leerá, al mismo tiempo, otros temas que también le resultarán de interés. Proust mezcla asuntos banales—referencias a muebles o dinero—con cuestiones de profunda reflexión filosófica. Y a veces es una oración de dos líneas la que nos da la clave de su pensamiento en una cuestión fundamental como el amor o su literatura.

Así, la selección de la correspondencia proustiana se ha ordenado en cinco partes, que consideramos que abarcan lo fundamental del contenido que podemos encontrar en ella.

1. El mundo sentimental de Proust

El comienzo del acercamiento a Proust debe ser su mundo sentimental. Es éste el ámbito en el cual Proust es imbatible, donde su profundidad espiritual y su perspicacia se muestran en cada detalle. Ya se trate de la relación con su madre—tan especial que requiere un análisis propio—, con sus amantes o sus amigos, Proust está hablándonos a cada uno de nosotros. Bucea en la profundidad de la psique humana y alcanza esa universalidad que caracteriza a los grandes escritores.

2. Proust de puertas adentro

Si bien nuestra selección es fundamentalmente una biografía intelectual, una cartografía del pensamiento proustiano, su peculiar vida cotidiana, revelada a través de algunas cartas clave, nos muestra facetas del hombre y del escritor. La importancia que tuvo la enfermedad (prácticamente todas las cartas contienen alguna alusión)—y el uso que muchas veces hizo de la misma como coartada—, su extravagante organiza-

ción cotidiana, su vida rodeado de algunos personajes fieles como escuderos, sus viajes, reales e imaginarios, concretos y planeados, nos interesan y nos atraen en su propia narración.

Asimismo, a través de la correspondencia también nos enteramos tanto de su fortuna y de sus especulaciones bursátiles como de los medios sociales y los lugares que frecuenta.

3. *Proust en el mundo: historia y sociología*

Muy lejos de estar aislado del mundo, desconociendo lo que ocurre a su alrededor, Proust está al tanto de los avatares sociales e históricos de su momento.

A lo largo de su vida dos episodios le marcarán profundamente. De joven, el *affaire* Dreyfus, mostrándose siempre claramente a favor de Dreyfus y convencido de que había sido acusado falsamente de traición por un entorno profundamente antisemita. Como se comprobó a los pocos años, se trataba de una conspiración en su contra.

El segundo episodio fundamental en su vida, su literatura y su cotidianeidad es la Primera Guerra Mundial. No solamente se preocupa por la suerte de las personas a las que quiere—Reynaldo Hahn, su hermano, Bertrand de Fénélon que pierde la vida en ella—, sino por todo lo que supone la contienda. Pero su participación emocional no le impide tener una visión muy lúcida de los hechos y criticar un antigermanismo visceral que tuvo tremendas consecuencias posteriores. En este sentido, las cartas incluidas, como la enviada a Lucien Daudet,¹ son muy esclarecedoras.

Sus opiniones sobre la germanofobia de la Primera Guerra Mundial, la separación de la Iglesia y el Estado, la política internacional o el tratado de Versalles, nos muestran a un

¹ Carta a Lucien Daudet de lunes por la noche, 16 de noviembre de 1914, o poco después.

intelectual que no se deja llevar por impresiones momentáneas y ha reflexionado profundamente sobre lo que ocurre en el mundo.

4. *Proust sobre el arte*

Proust vierte en su correspondencia un verdadero tratado de estética. Las cartas dirigidas a escritores y amigos, así como a personajes pertenecientes al mundo del periodismo o la edición, muestran la coherencia de su pensamiento. La teoría sobre el arte que puede reconstruirse como un *puzzle* al hilo de sus cartas es la misma que sustenta *En busca del tiempo perdido*. Proust se interesa por todas las artes: adora la pintura, conoce a fondo la música, a la que se rinde siempre que puede, y está al tanto de la literatura, la de los clásicos y la de sus contemporáneos. Es de un extremo interés, tanto en sí mismo como genéticamente, para entender su obra leer a Proust escribiendo sobre arte.

5. *Proust sobre su obra*

Las cartas en las que Proust habla sobre su obra sobrepasan en mucho el valor académico que puedan tener para los investigadores de su literatura. En los años de concepción y escritura de su principal obra, 1908-1911, Proust no habla de ella en la correspondencia. Más adelante, entre 1912 y 1913, cuando se está dactilografiando y luego editando el primer tomo, *Du côté de chez Swann*, aparecen referencias en las cartas. Pero será al final de su trayectoria, después de 1916, en cartas a sus editores, críticos literarios y amigos, cuando la correspondencia aporte datos preciosos sobre *En busca del tiempo perdido*, su concepción de la escritura en general y de él como escritor.

PRÓLOGO

La relación con sus editores, compleja, intrincada, hasta llegar finalmente a entenderse con Gaston Gallimard, que será su editor definitivo, nos da mucha información sobre su literatura. Y en este sentido es también remarcable la correspondencia con los críticos literarios de los principales periódicos y revistas literarias, a los que envía larguísimas cartas intentando explicarse y convencer sobre los fundamentos de su obra, que cree incomprendidos.

Como lectores de su obra oímos su voz contarnos por qué le encontró sentido a dedicarle casi la totalidad de su vida a la literatura, de la que en *El tiempo recobrado* dice: «La verdadera vida, la vida al fin descubierta y dilucidada, la única vida, por lo tanto, realmente vivida es la literatura; esa vida que, en cierto sentido, habita a cada instante en todos los hombres tanto como en el artista».¹

¹ Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido. El tiempo recobrado*, vol. 7, Madrid, Alianza, 1980, p. 126.